

CASTILLO MONTEALEGRE

CARMEN RÓDENAS

CASTILLO
MONTEALEGRE



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: enero de 2026

© Carmen Ródenas Calatayud, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputació, 262, 2^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6557-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 746-2026

Impreso en España

Para Antonio, otra vez...

SUMARIO

<i>DRAMATIS PERSONAE.</i>	13
LA OPERACIÓN POSTMASTER	19

PRIMERA PARTE: MATEO SCHÜTZ

1. EXPEDICIÓN AL MONTE GUIRAL	29
2. LA IZAGUIRRE	59
3. RÍO BENITO	75

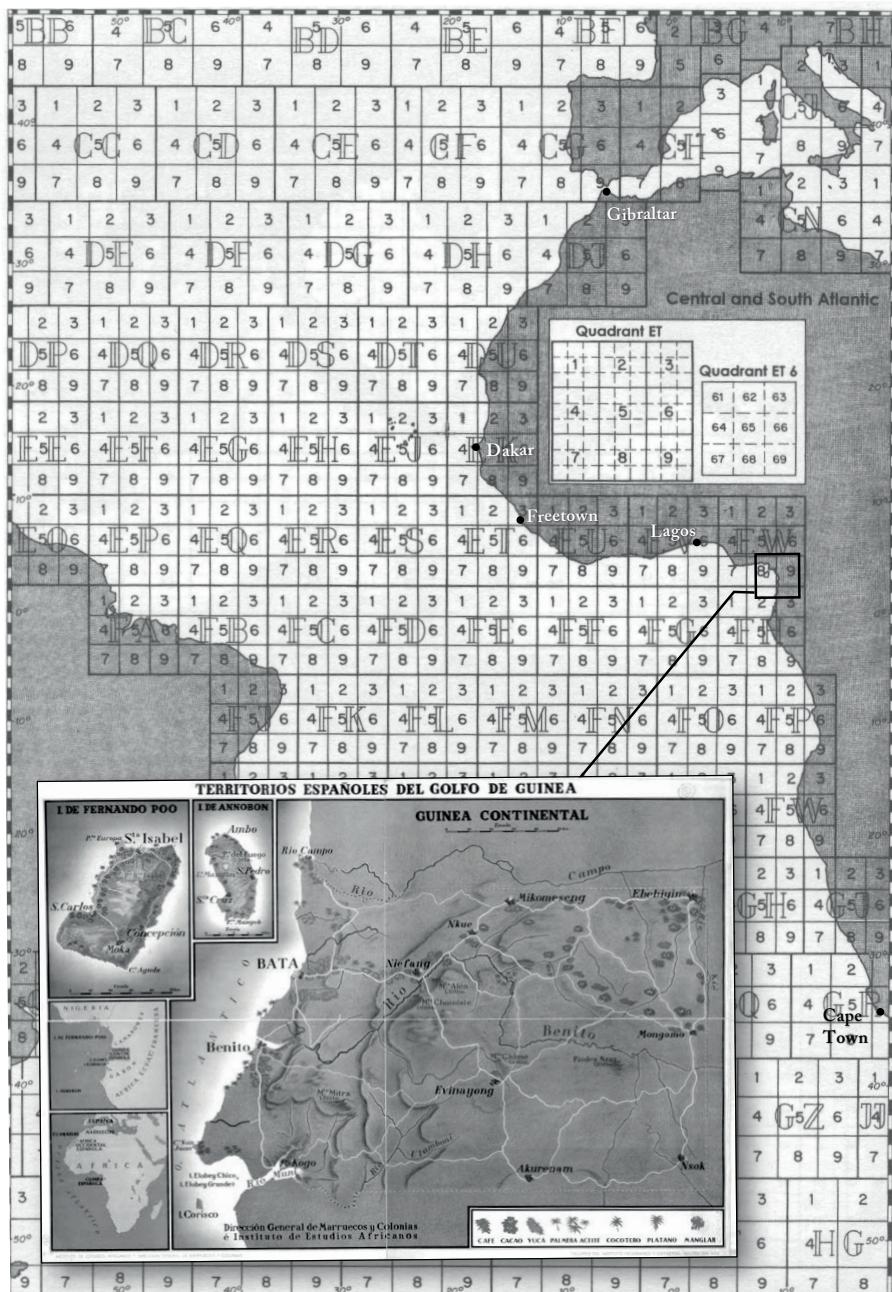
SEGUNDA PARTE: MATÍAS SAN SIMÓN

4. A BORDO DE <i>LA AFORTUNADA</i>	97
5. CLAUDITA QUERALT: UNA MUJER DE LA FALANGE . .	105
6. LA PERLA DEL GOLFO DE BIAFRA	123
7. EN MARCHA	139

TERCERA PARTE: DE LAS COSAS QUE SUCEDEN EN LA MAR OCÉANA

8. EN EL <i>CASTILLO MONTEALEGRE</i>	153
9. DIARIO DE UN LOBO GRIS	171

10. EL INCIDENTE	183
11. DOS LOBOS DE MAR	193
12. NÁUFRAGOS	205
CUARTA PARTE: EL TORNAVIAJE DE MATHEW O'CONNOR	
13. LA PRIMERA ESCALA DEL <i>EMPIRE GLEN</i>	235
14. TIEMPO MUERTO EN DAKAR	247
15. DESTINO: FREETOWN	262
16. ASUNTOS TURBIOS	267
17. UN ESCRITOR EN EL CITY HOTEL	281
18. EL JUEGO DEL RATÓN Y EL GATO	295
19. DESENLACE IMPREVISTO.	309
20. UN NIDO DE ESPÍAS	325
EPÍLOGO: ÚLTIMAS NOTAS DEL DIARIO	
DE VON SCHROETER Y NOTICIA DE LOS SUPERVIVIENTES DEL <i>MONTEALEGRE</i>	331
CABOS SUELtos A MODO DE NOTAS FINALES	337



Composición de la autora a partir de Jürgen Rohwer, *Axis Submarine successes 1949-1945*, United States Naval Institute Press, 1983 (cartografía reticular del Atlántico sur) e Instituto Geográfico Nacional (cartografía Guinea española).

DRAMATIS PERSONAE

Personajes de ficción y personas que existieron en la realidad se cruzan en las páginas de esta novela. A continuación se listan por orden de aparición, empleando la cursiva para distinguir a los segundos.

LA OPERACIÓN POSTMASTER

Umberto Valle: capitán del *Duchessa d'Aosta*.

Antonio Bussani: primer oficial del *Duchessa d'Aosta*.

Pansini: oficial a cargo del *Duchessa d'Aosta* cuando éste fue secuestrado en la operación Postmaster, en enero de 1942.

José Luis Soraluce Irastorza: gobernador en funciones de la colonia española cuando fue secuestrado el *Duchessa d'Aosta*.

Enrique Oliveda Medrano: capitán de artillería español, jefe del parque de artillería de Santa Isabel. Cuando fue secuestrado el *Duchessa d'Aosta*, se encontraba de sobremesa en el comedor del casino, donde solía cenar.

Heinrich Lühr: propietario alemán de Casa Lúa, uno de los almacenes mejor provistos de Santa Isabel.

Mateo Schütz: joven ingeniero de la explotación forestal de la casa Izaguirre y Compañía en Eboga, en la Guinea española continental, y agente del Special Operations Executive (SOE) británico. En algunos momentos de la historia debe adoptar las falsas identidades de Mateo Sánchez, Matías San Simón y Mathew O'Connor.

Horst von Schroeter: joven comandante de la Kriegsmarine destinado a patrullar la costa atlántica africana con el U-Boot 123.

Claudia Queralt: enfermera enviada por la Sección Femenina al hospital de Río Benito, en el continente, y agente del SOE británico.

Richard Albert James Lippett: agente del SOE británico destinado en Santa Isabel como ingeniero de la firma John Holt. Junto con Zorrilla se encarga de los preparativos de la operación Postmaster en tierra.

Agustín Zorrilla Contreras: empleado de confianza de la ferretería Muñoz y Gala y redomado antifalangista. Colabora con Lippett organizando la cena en el casino la noche del secuestro del *Duchessa d'Aosta*.

Francisco Zamora: capitán del buque mercante español *Castillo Montalegre*.

PRIMERA PARTE: MATEO SCHÜTZ

Tomás Inza: joven capataz español empleado en la maderera de la casa Izaguirre y Compañía que acompaña a Mateo Schütz en la expedición al monte Guiral. Apasionado falangista.

Policarpo Ngó: guía fang de mayor edad y con más experiencia que acompaña a Mateo Schütz en la expedición al monte Guiral.

Padre Oriol: religioso de la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (claretianos), a cargo de la misión del poblado de Akam.

Gerardo Fernández: burgalés fuerte y recio, responsable del funcionamiento de la explotación de la casa Izaguirre y Compañía en Eboga. Se dice de él que lleva tanto tiempo en Guinea que resulta extraño que no se haya vuelto negro.

Emiliano Morrón: líder local de la Falange en Río Benito.

SEGUNDA PARTE: MATÍAS SAN SIMÓN

Abián Oramas: patrón del pesquero canario *La Afortunada*, que faena en aguas del golfo de Guinea.

Conrado Hormiga: primer oficial del pesquero canario *La Afortunada*.

Fermín Aliaga: falangista perteneciente a la quinta columna y pretendiente de Claudia Queralt en Valencia durante la guerra.

Miss Molly: secretaria de míster W.

Míster W: responsable del SOE en las oficinas de Londres para la sección de África occidental.

Techa Aribau: mando de la Sección Femenina de Falange, recientemente nombrada jefa de la Regiduría Provincial de Educación Física de Barcelona.

Vicky y Magüi: amigas íntimas de Techa Aribau.

Vidal Cienfuegos: representante de la Compañía Trasmediterránea en las oficinas de la naviera de Santa Isabel. Falangista de toda la vida.

Segundo Loriente (Segu): oficial en prácticas del *Castillo Montealegre*.

Juan de Dios Alonso (el Radio): responsable de las telecomunicaciones del *Castillo Montealegre*. Amigo de Segu.

Benigno Puente (el Chato): uno de los oficiales de máquinas del *Castillo Montealegre*. Amigo de Segu.

Justo Padilla (Padillita): delegado de las Falanges del Mar asignado al *Castillo Montealegre*.

Francisco Lleal i Bacàs: primer oficial del *Castillo Montealegre*.

Carmen Montilla: propietaria del hotel Montilla en Santa Isabel.

Peter Ivan Lake: vicecónsul de Gran Bretaña en Santa Isabel.

Juan March Ordinas: banquero y empresario español. En 1942 actuó como intermediario del Gobierno británico para sobornar a los principales generales de Franco y evitar la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial en el bando del Eje.

Elías: cocinero del *Castillo Montealegre*.

Salvador Torregrosa: segundo oficial del *Castillo Montealegre* (inspirado en el oficial Salvador Pérez García, quien, según indica Arturo Pérez-Reverte, iba a bordo).

Nicolás Merino: secretario local de la Falange en Santa Isabel en 1940.

TERCERA PARTE: DE LAS COSAS QUE SUCEDEN EN LA MAR OCÉANA

Walter Kaeding: primer oficial del U-123 comandado por Horst von Schroeter. Anteriormente sirvió en el crucero ligero Leipzig, que entre 1936 y 1937 formó parte de tres patrullas en aguas españolas durante la Guerra Civil.

Wolf-Harald Schüler: segundo oficial del U-123.

Kraxek: miembro de la tripulación del U-123 cuando lo comandaba Hardegen. Toca el acordeón. (En la novela se presenta como sonarista del U-123, con Von Schroeter).

Hannes: miembro de la tripulación del U-123 cuando lo comandaba Hardegen. Es cocinero. (En la novela se presenta como cocinero del U-123, también con Von Schroeter).

Henry Vernon: teniente neozelandés capitán del *HMS Inkpen*, barco escolta de la Royal Navy con base en Freetown.

Jack Beard: capitán del buque mercante británico *Empire Glen*. Lleva meses en la costa africana del Atlántico formando parte de los convoyes que escolta la Royal Navy.

CUARTA PARTE: EL TORNAVIAJE DE MATHEW O'CONNOR

Pierre François Boisson: gobernador general del África occidental francesa en 1943.

René: asistente personal de Boisson.

Contralmirante William Glassford: decano de la misión militar de los Estados Unidos en África occidental; posteriormente nombrado por Roosevelt representante personal del presidente en la zona.

Maynard Bertram Barnes: cónsul general de los Estados Unidos en Dakar desde el 1 de enero de 1943.

Ernest William Meiklereid: cónsul general de Gran Bretaña cuando el puesto británico se reabre en Dakar, en febrero de 1943.

- Lord Swinton*: conde de Swinton, de nombre Philip Cunliffe-Lister. Nombrado por Churchill ministro británico residente en África occidental.
- Edouard Conod*: adjunto al delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) para África del norte en 1943.
- Lewis*: soldado británico recién liberado del campo de Bordo, junto a Kankan, en la Guinea francesa.
- Mancini y Ferrara*: capitanes de la 25.^a División de Infantería Bologna del Ejército italiano. Evadidos del campo de Bordo gracias a la colaboración clandestina del representante local de la Cruz Roja francesa.
- Monsieur Laurent*: representante de la Cruz Roja francesa en Tombuctú. Se sospecha que colabora clandestinamente con el Eje.
- Mistress Obey, Daisy y Freddie*: dueña y empleados del City Hotel de Freetown.
- Comandante Hawks*: uno de los mandos de la Royal Navy responsables de la organización de los convoyes aliados en el Almirantazgo de los británicos en Freetown.
- Graham Greene*: escritor, guionista y crítico literario británico. Agente del MI6 en Freetown durante la Segunda Guerra Mundial.
- Moura*: vicecónsul de Portugal en Vigo.

LA OPERACIÓN POSTMASTER

SANTA ISABEL (*GUINEA ESPAÑOLA*), ENERO DE 1942

—*Mamma mia! La Duchessa!*—exclamó el capitán Umberto Valle, casi sin aliento, al llegar al muelle del puerto de Santa Isabel.

Su primer oficial, Bussani, que había corrido detrás de él desde el casino, permaneció atónito a su lado, mirando la bahía con los ojos muy abiertos y una mano delante de la boca. No podía creerlo.

Hubo otra explosión, esta vez tan fuerte que todo el mundo tuvo el reflejo de encogerse. Se oyeron algunos tacones. El reflejo del estallido permitió distinguir por un instante la silueta de la popa del buque italiano. No se veía a nadie.

—*Stronzo! Pansini, cosa fai? Dove sei?*

Era el capitán quien daba las voces. Desencajado, llamaba a gritos a su oficial de guardia.

Inútil. El buque acababa de dar un bandazo y empezaba a esfumarse en la oscuridad, con Pansini y la mitad de la tripulación a bordo.

—*Pansinii! Pansinii...!*—repetía en vano Umberto Valle.

El gobernador en funciones de la colonia española, José Luis Soraluce, que había sido de los primeros en acudir al puerto, palideció al darse cuenta de que quienes estaban gritando a su lado eran los dos máximos responsables del *Duchessa*. ¡Y él que los hacía a bordo del barco!

—*Dios mío!* —murmuró.

Acababan de robar ante sus narices el *Duchessa d'Aosta*, un hermoso vapor mixto de carga y pasaje, de bandera italiana, refugiado en el puerto neutral de Santa Isabel desde junio de 1940, cuando Italia entrara en guerra. El primer oficial de la nave miraba descompuesto a su capitán. Y éste, a su vez, al gobernador de la colonia. Los tres sabían lo que aquello significaba. Se había perdido el buque y su valiosa carga de lana, pieles, cobre y amianto, declarada en más de doscientas cincuenta mil libras esterlinas. Buenos se iban a poner en la Lloyd Triestino, la naviera propietaria, cuando lo supieran; y, por supuesto, el lío en el Ministerio de la Presidencia español estaba garantizado.

—¡Oliveda! —rugió el gobernador, reaccionando con autoridad—. ¡Toque de llamada a la Guardia Colonial...! —Reflexionó un instante y pensó que aquello no iba a ser suficiente—. Espere..., y que saquen del depósito de armamento dos cañones de suficiente calibre. ¡Vamos, dese prisa! ¡Hay que colocarlos en el extremo de punta Fernanda!

Cuando el capitán Oliveda, jefe del parque de artillería de Santa Isabel, ya se había dado la vuelta para subir a la carrera la cuesta de las Fiebres y cumplir las instrucciones, el gobernador agregó una orden más:

—¡Ah! ¡Y avise que den la luz, por Dios!

Hacía meses que, a partir de las once de la noche, la ciudad de Santa Isabel quedaba completamente a oscuras para ahorrar combustible y, de paso, dejar descansar los motores de la vieja central eléctrica. Sólo se disponía de quinqué, velas y, sobre todo, las eficaces lámparas Petromax.

Empezó a percibirse cierta agitación a bordo del *Duchessa*, que ya se había alejado hacia el centro de la bahía. Eran haces de luz de linternas sobre la cubierta, moviéndose de un lado a otro; también llegaron algunas voces hasta el muelle. De repente, alguien dio un largo toque de silbato en el barco. Parecía la señal para dar por cerrada la maldita ope-

ración. Una operación pirata, pues aquello no podía calificarse de otra manera.

En el puerto se iba reuniendo una considerable multitud, alarmada por el estruendo. Los primeros en llegar habían sido los invitados con los que los oficiales del *Duchessa* compartían cena aquella noche en el casino. En su mayor parte se trataba de funcionarios de la Administración colonial y de comerciantes españoles acompañados por sus esposas, pero también estaba presente un matrimonio de origen alemán: eran los propietarios de Casa Lúa, uno de los mejores almacenes de comercio de la colonia. Con ellos estaba ahora el ingeniero de montes Mateo Schütz, un joven recién llegado del continente, donde trabajaba en la explotación forestal de la casa Izaguirre y Compañía, en Eboga. Poco antes, todos se habían apresurado a correr hacia el puerto junto al capitán y el maquinista de otras dos embarcaciones, éstas de pabellón alemán, refugiadas en Santa Isabel desde el inicio de la guerra. Una era el *Likomba*, un moderno remolcador, y la otra, una barcaza llamada *Bibundi*. La primera y más grande había quedado amarrada de popa a tierra por dos firmes cables de acero atados a los árboles, y la segunda estaba abarloada a la anterior.

Los dos alemanes se dirigieron rápidamente hacia donde estaban sus barcos: a unos cien metros, al pie del promontorio del bar La Rosaleda, entre los varaderos viejo y nuevo. Llegaron justo después de una nueva detonación, la tercera, y en el momento en que las luces de Santa Isabel se encendieron. No les gustó lo que vieron: también sus naves habían desaparecido.

Desde una de las ventanas de la casa de comercio británica John Holt, en lo alto de la ciudad, dos personas observaban con satisfacción como los italianos y los alemanes gesticulaban furibundos en el muelle mientras sus naves desaparecían mar adentro. Uno era el vicecónsul de Gran Bretaña

ña, Peter Ivan Lake, recién llegado a Santa Isabel, y el otro, su colega en Bata. Ambos brindaban sonrientes en el despacho de la legación británica.

Claudia Queralt también seguía con atención lo que sucedía en el puerto. La joven había desembarcado del vapor correo *Dómíne*, procedente de la Península, aquella misma mañana. Incapaz de conciliar el sueño y atormentada por el calor y los mosquitos, había subido para fumar un cigarrillo a la azotea del hotel Montilla, donde se hospedaba. Allí la había sorprendido el jaleo en el muelle. Pronto sospechó que algo raro pasaba; y supuso, con buen criterio, que podía ser una operación planificada. Por supuesto, no tenía la certeza de quién habría montado la maniobra, pero lo podía imaginar. «Mmm..., barcos del Eje desapareciendo». Acabó el pitillo, suspiró y se retiró a su cuarto. Al día siguiente tenía que tomar temprano el vapor intercolonial para llegar al continente, al pueblo de Río Benito: en su hospital llevaban tiempo esperando a una nueva enfermera enviada por la Sección Femenina desde España. Y esa enfermera era ella.

Alguien con vista muy aguda se habría dado cuenta en aquel momento de que los piratas llevaban amarrados más barcos de la cuenta. Una de las naves sin bandera remolcaba al majestuoso *Duchessa*, y la otra, más pequeña, se ocupaba de las dos lanchas alemanas. Pero estas dos últimas arrastraban a su vez un macizo bote de madera y una canoa. No fue hasta el amanecer, y en medio de una fuerte marejada, cuando los protagonistas del secuestro vieron que aquellas dos pequeñas embarcaciones, con las que no habían contado, les estaban complicando la navegación. Sin pensarlo dos veces, cortaron las amarras y las abandonaron en alta mar.

* * *

Esa noche, el ingeniero Schütz también sonreía en la oscuridad. «¡Hecho!», pensaba. Había cumplido su parte. Al recibir la orden de acudir a Santa Isabel, la capital de la colonia, no tenía idea alguna de lo que le tocaría hacer. El mensaje, captado por su radio clandestina, sólo le indicaba que contactase con un tal Lippett en el único alojamiento de la ciudad, el hotel Montilla. La palabra clave era «Postmaster». Mateo Schütz había improvisado a toda prisa una excusa para el encargado de la Izaguirre, la maderera para la que trabajaba en el continente: debía acudir a la capital de la colonia para conseguir cierto material. El responsable autorizó su ausencia sin pedir demasiadas explicaciones, de modo que había llegado días antes a Santa Isabel en el vapor intercolonial.

Una vez en la ciudad, se había dirigido al hotel, y allí ni siquiera había tenido que preguntar por su contacto: Lippett era el único huésped con aspecto británico, y además parecía tener ganas de charla. Así que fue fácil acercarse a él, y pronto hicieron buenas migas. Ambos eran ingenieros, lo que justificaba perfectamente sus encuentros ante posibles curiosos. Lippett le presentó a Zorrilla, el de la ferretería, que iba a organizar una cena especial en el casino a la que invitaría a los responsables de los barcos del Eje refugiados en el puerto. Enseguida concretaron que su papel se debía centrar en los alemanes, en tenerlos entretenidos y, sobre todo, en garantizar que los responsables de los navíos permanecieran sentados de espaldas a la bahía.

Llegado el día, el joven ingeniero conquistó fácilmente al personal germano que asistía al convite de Zorrilla. Los dos Herbert, pues el capitán y el maquinista teutones se llamaban igual, y el matrimonio propietario de Casa Lúa parecían encantados con sus anécdotas de estudiante en Alemania. El grupo disfrutaba hablando en su lengua. A las once en punto de la noche, se apagó la luz en toda la ciudad. Los

camareros sacaron las lámparas de parafina y la cena continuó en un ambiente distendido. Cuando comenzaron las detonaciones, una media hora más tarde, Zorrilla ya había tenido la cautela de desaparecer de la reunión.

Ahora, en el muelle de Santa Isabel, a Mateo Schütz sólo le quedaba mostrarse tan perplejo como los demás y preguntarse cómo habría podido suceder aquello. Después regresaría tranquilamente al hotel Montilla. La misión en Santa Isabel había finalizado y podría zarpar temprano en el vaporcito que lo devolvería a la Guinea continental.

Pero a la mañana siguiente sólo Claudia Queralt pudo tomar ese barco. Poco antes de que Mateo se dispusiera a salir del Montilla, se habían presentado dos policías preguntando por el señor Schütz. Querían interrogarlo por haber sido uno de los presentes en la cena de la noche anterior. Obediente con el brazo de la ley, el joven los acompañó, pero no se dirigieron a la comisaría, sino a una casa de estilo inglés de tres pisos y ático, la única de Santa Isabel con tal altura, a un par de manzanas del hotel. Era la jefatura local de la Falange. Allí lo condujeron a una pequeña habitación en uno de los pisos superiores y le tomaron juramento, no sin antes advertirlo de que si mentía pasaría una buena temporada en la cárcel. Con un foco continuamente deslumbrándolo, los sabuesos comenzaron la indagación. Quién era, quién lo había invitado a la cena, por qué hablaba alemán, qué hacía en la ciudad... En fin, nada complicado de explicar, y menos todavía cuando se presentó el gerente local de la Izaguirre en Santa Isabel poniendo el grito en el cielo por la detención de un empleado de la casa. Schütz quedó libre en pocos minutos.

Lo único que le faltaba para poder marcharse de una vez de Santa Isabel era el nombre clave de su nuevo contacto en Río Benito. Lippett no tardó en encontrar el modo de acercarse a él discretamente y susurrar: «Fitzroy».

* * *

Días después de la famosa cena, la motonave *Castillo Montealegre*, de la Compañía Trasmediterránea, atracó en el puerto de Santa Isabel. Llegaba de la Península cargada con una partida de bidones de gasolina, sacos de patatas, alubias y varios cajones de cigarrillos marca Roy. Cuando su capitán, Francisco Zamora, se enteró de lo sucedido en el puerto, informó de que un par de noches atrás, en el trayecto desde las Canarias, ya a la altura de Lagos, había avistado en la lejanía dos barcos completamente a oscuras, y que, de hecho, le pareció reconocer en uno de ellos la silueta del *Duchessa*.

Por las mismas fechas, Horst von Schroeter, joven comandante de un U-Boot de la Kriegsmarine nazi que patrullaba por el África occidental al acecho de convoyes aliados, también se encontró de brúces con el *Duchessa* al izar el periscopio. A Von Schroeter le pareció que el barco iba a la deriva y apuntó en su cuaderno de bitácora una posición parecida a la del buque de la Trasmediterránea. Al distinguir la bandera italiana pintada en su chimenea, decidió que no era asunto suyo, así que dio la orden de sumergirse y alejarse a media máquina de allí.

Estaba seguro de que ya llegaría su momento.

Primera parte

Mateo Schütz

1. EXPEDICIÓN AL MONTE GUIRAL

REGIÓN CONTINENTAL DE LA GUINEA ESPAÑOLA, MARZO DE 1943

Jueves, 18 de marzo

Dos enormes gotas de sudor resbalan por la frente de Mateo Schütz incluso antes de hacer ningún movimiento. Como si no fuera suficiente con la humedad espesa de la selva, su propio cuerpo colabora con esa niebla alojada en la madrugada tropical que, cuando por fin sale el sol, se transforma en sofocante bochorno y no da tregua hasta el final del día.

Oye respirar a Inza a su lado, todavía inmóvil. Abre los ojos con pereza. Dentro de la ligera tienda de campaña aún no se distingue nada, pero los silbidos y trinos en el exterior anuncian que el amanecer está próximo. También escucha otros ruidos, pero son humanos: deduce que los *boys*, los porteadores que los acompañan, ya se han levantado. Sin embargo, consigue aislar de esos apremios matutinos, y su mente se centra en la nueva jornada.

Según estimaron anoche a la luz del farol, sobre el mapa y brújula en mano, deben de estar a la altura del poblado de Marokue, ya en el curso medio del río Benito. Lo mismo opinan los guías de la expedición, dos hombres de la etnia fang. Hoy hay que sortear la gran cascada y varios rápidos, pero, si siguen cumpliendo con lo previsto, por la noche habrán alcanzado la aldea de Roty. A partir de allí iniciarán la ascensión al objetivo, el monte Guiral, el más elevado de la zona.

«La Izaguirre podrá estar satisfecha con nosotros», reflexiona Mateo; «va a ser la primera maderera en explorar el valle del río Benito a esa altura». Cuando lleguen a la cima por la vertiente oeste del Guiral, espera hacerse una idea de las especies arbóreas que pueblan la cuña que el río excava a lo largo de varios kilómetros. Tomará unas cuantas fotos, y luego las añadirá al informe que entregará a la empresa. «Si la maldita niebla lo permite, claro».

El aroma del café recién hecho penetra en la tienda y lo anima a incorporarse. Al moverse, despierta a Tomás Inza, un capataz de origen español designado por la maderera para acompañar a Mateo en la travesía y cuidar de su seguridad. Y lo cierto es que el joven ha mostrado gran disposición para resolver los inconvenientes que se han ido presentando los dos últimos días de marcha. «Aunque a veces tiene tanto de ingenioso como de bruto, sobre todo con esos pobres de fuera», piensa Mateo echándole una mirada.

Por fin se decide a retirar la mosquitera y asomar la cabeza al exterior. Bajo las primeras luces del alba, advierte que los tres porteadores que los acompañan están recogiendo el campamento y apilando en el centro los pertrechos. Entretanto, los dos guías fang esperan a un lado, sentados muy dignamente sobre sus esterillas enrolladas, junto a las cuerdas y los afilados machetes con los que abren paso al grupo cuando la selva se cierra, que es casi siempre. «Estupendo», se dice Mateo mientras sale de la tienda, «ya está todo en marcha».

Dos tazones con el café todavía caliente humean sobre la mesita plegable que ayer utilizaron para calcular la posición. Las sillas de campaña están junto a ella.

—Buenos días...

Todos se giran hacia Mateo con una sonrisa, pero sólo responden los fang. Lo hacen casi a coro, con el suave y grueso acento de su etnia:

—¡Buenos días, *massa*!

Inza sale detrás de Mateo rifle al hombro. Con el sueño aún pegado al cuerpo, se restriega los ojos y se limita a levantar la mano a modo de saludo. A Mateo le parece malhumorado. Los dos se aproximan a la mesa, sacan sus navajas y empiezan a pelar los mangos que les han dejado junto al café. En eso consistirá su frugal desayuno, que han de apurar rápido para seguir avanzando antes de que haga demasiado calor.

La comitiva no tarda en iniciar la marcha acompañada por un coro de silbidos, pitos, chillidos y gruñidos: son los invisibles habitantes de los pisos altos de la selva. Ya hace dos jornadas que los caminos madereros de tierra roja se convirtieron en senderos, y los senderos han cabado frente a un formidable muro de vegetación: la gran pared verde. Una y otra vez, la selva cierra a velocidad pasmosa las sendas que unen los poblados de la ribera del río Benito. Por si fuera poco, ahora, a medida que la depresión del río se encaja entre montañas que van adquiriendo altura, la niebla se hace más perezosa y tarda más en disiparse. Muchas veces no se ve más allá de la espalda mojada de quien va tres o cuatro metros por delante. Después, los fantasmas de esa catedral de verdura que es el bosque del continente guineano van tomando forma de troncos enormes que se pierden en lo alto, entrelazados por una infinidad de lianas y enredaderas confundidas en el sotobosque, entre arbustos y helechos.

A medida que la senda desciende hacia el río, se oye más fuerte el ruido de los rápidos. La marcha se está complicando desde que dejaron atrás la aldea de Maliko, hace dos días. El terreno se hace abrupto, con grandes escalones de roca que explican la presencia de las cataratas y los rápidos que impiden la navegación fluvial. Evidentemente, también dificultan el avance a pie. A esa altura no es fácil enfrentarse

al caudaloso Benito, aunque el grupo, bien organizado, va salvando los obstáculos.

Cada vez que llegan a una de esas gradas de roca de varios metros de altura, los guías son los primeros en trepar con agilidad hasta la siguiente explanada. Una vez arriba, aseguran los cabos y los lanzan para ayudar a ascender a los dos hombres blancos. Después, una extraña procesión de bultos es alzada a pulso: la tienda de campaña, las mosquiteras y los catres van en un primer fardo; la mesa y las sillas de campaña, en otro, y, por último, la comida y los útiles de cocina. Finalmente, los tres porteadores de la expedición, libres de sus cargas, escalan las rocas con facilidad. Todo se hace bajo el ensordecedor rugido del agua, que cae con violencia a un costado y forma una nube de vaho que empapa al grupo.

Cuando el fragor va quedando atrás, los sentidos se recuperan. Vuelven a escuchar el murmullo acompañado de toda una sinfonía de bufidos, graznidos, llamadas y reclamos animales. Los pequeños monos titís chillan como locos, coreando el resonar casi metálico de desconocidos insectos. Por arriba revolotea un sinnúmero de pájaros multicolores, mientras que la espesura baja permanece silenciosa. Toda esa fronda a la que casi no llegan los rayos del sol se asienta en una tierra que huele a vegetal dulzón, como si de un gigantesco mercado de frutas podridas y verduras fermentadas se tratara. A la vista quedan los tallitos que nacen en cantidad infinita, y tan apretados que les falta sitio en el aire y el suelo para seguir su carrera hacia la luz. Por todas partes lucen las orquídeas, que crecen apoyándose sobre otras plantas. Mateo no deja de admirarse ante la anarquía de un paisaje tan abigarrado, denso y exuberante, donde ninguna especie domina. Son muchas las plantas que no conoce, aunque localiza sin problemas los enormes troncos de los árboles con los que la Izaguirre hará negocio: el ocume, el nogal africano y varias especies de caoba.

De cuando en cuando, el joven ingeniero de montes ordena detener la expedición. Entonces saca de su mochila una libretita, que procura mantener a salvo de la humedad, y toma algunas notas para su informe.

—Allí hay unos cuantos —apunta Inza señalando a su derecha.

Mateo asiente sin dejar de dibujar un croquis con el emplazamiento del grupo de árboles que le ha llamado la atención. Son varios ejemplares imponentes de ocume, con troncos de casi dos metros de diámetro y más de treinta de altura. Magníficos para los tableros de contrachapado de la Izaguirre, que con la guerra ha visto aumentar espectacularmente su demanda. Por eso, el objetivo de la exploración es averiguar si a la maderera, una de las más importantes de España, le interesa solicitar a la Dirección General de Marruecos y Colonias una nueva concesión forestal. El procedimiento se inicia con la petición del interesado de una superficie de terreno sobre la que debe concretarse situación, linderos, extensión y descripción de particularidades, como poblados, montes o ríos, que puedan hacerla reconocible. Así que, al tiempo que anota las posibilidades de la explotación forestal, Mateo ha de dibujar un plano aproximado del deslinde del territorio y tomar fotos.

—Bien. Podemos seguir. —El ingeniero abrocha la funda de piel marrón que protege su cámara, una flamante Leica alemana.

El grupo se abre paso por la ruidosa selva unas cuantas horas más. Inza tiene ocasión de probar su puntería varias veces y se cobra un par de piezas que sirven para alternar el monótono menú de pescado seco o sardinas en lata, arroz hervido y galleta. Pero, después del almuerzo, inesperadamente, unas nubes blancas que han acechado en una esquina del cielo desde el principio de la jornada comienzan a aproximarse, transformadas en negras amenazas. Parece que